

Divos, “pioneers” y super detectives en los programas: “Paso a la juventud”

Con el título de "Mi corazón te llama", esta producción de Carmine Gallone ha permanecido unos cuantos añitos en nuestros archivos. La edad se le nota en la fotografía y en el "maquillaje" de Martha Eggerth solamente (en los últimos tiempos Martha ha aprendido que el carbón en los ojos quita juventud). Pero por ninguna parte echa de advertirse la causa de tanto recato para exhibirla y de tan prolongada espera. Cosas nuevas muchísimo menos intrascendentes e inofensivas que ésta vemos a cada paso con pretensiones de comedia musical, y de seguro que en ellas el canto acaba por cansar. Sin ir más lejos, las serenatas que en "El estudiante mendigo" brinda, con una vocecilla muy cortés —es decir, muy bien educada— el tenorino Johannes Heesters. Aquí no. Aquí se empieza por el cuarteto de "Rigoletto" y se acaba por la "Recóndita armonía" y el "E lucevan le stelle", de "Tosca", pasando por una larga romanza de Turandot y por diversas cancioncillas amorosas. Y no resulta uno fatigado, ni mucho menos. (El "se" es para despistar, porque quien repasa todo ese repertorio es nuestro amigo Jan Kiepura). Sin micrófonos tan amables y tan hipersensibles como los que recogieron luego su voz en "Amo a todas las mujeres" y "Bel canto": recientemente vapuleado por la crítica berlinesa a raíz de su presentación en diversas óperas y contenido por otra parte por el Signore Gallone, que sólo atándolo pudo haberlo tenido tan quietecito, el amigo Kiepura, que por añadidura pasaba entonces por un desfavorable período vocal —según puede advertirse— canta y canta y canta y no se sienten deseos de pedirle que cierre el pico. En "Turandot" ¡hasta emociona, pese a la grotesca situación en que se encuentra el personaje! Canta colgado de un mástil, izado por una grúa, encaramado sobre un rond-point y prendido a una columna de una sala de juego: canta tanto, que Martha Eggerth sólo puede permitirse —y a la hora de iniciado el "film"— repetir tímidamente uno solo de los refranes del señor Kiepura, mientras se viste en la intimidad de su cuarto. Lo demás se le va en ponerse bizca mirándolo y escuchándolo.

El "cliché" de una comedia musical alemana indica que cuando el divo o la diva no cantan tienen que hacer reír los actores cómicos. Gallone dispuso en "Mi corazón te llama", de Paul Kemp, Paul Horbiger y Theo Lingen para este propósito (¿por dónde habría andado Ida Wüst en esos momentos?) y pese a que los episodios por demás ingenuos de su libreto iban a hacer algo difícil la cosa, los encargados de tal cometido lo cumplieron a satisfacción. En este sentido, nadie como los actores alemanes para sacar un efecto cómico de la nada —la más difícil de las prestidigitaciones de este mundo. Para contentar a los críticos cinematográficos de 1933 Gallone hizo a la vez mover sus cámaras de acuerdo a un criterio panorámico del cuadro (muchedumbre de la calle, auditorio del barco, jugador de la ruleta): para divertirnos especialmente a nosotros hizo partir la acción de la película de esta pacífica villa de San Felipe y Santiago, haciendo embarcarse a las reces vacunas con los pasajeros, sobre un pésimo "dunning" del puerto de Buenos Aires (capital de Bolivia, república del Paraguay): y para seguir aquella moda de "La casada alegre" introdujo un truco por el cual el

protagonista, al improvisar una sala de concierto, arroja por el aire sillas y mesas como si fueran pajaritas de papel. El conjunto de todas estas cosas resulta mucho más discreto y amable que lo que cualquiera podría imaginar.

R. A. D.